

conformidad se halla vinculada toda la gloria del cristiano. Para nosotros que esperamos como los mártires una eterna retribucion, pero no queremos abandonar el pecado, el contentamiento de los sentidos y los deleites del mundo; ni padecer como ellos, ni sufrir como ellos por la justicia y la fe. Para nosotros que esperamos el cielo, pero no gustamos padecer en la tierra por nuestra propia satisfaccion y santificacion como los penitentes, ó para conformarnos á Jesucristo como los justos. ¡Rara necesidad! Acabemos de desengañarnos y de convencernos que nada es mas precioso y preciso que padecer, pues así se formaron los mártires su mérito y se hicieron semejantes á Jesucristo, como os he dicho hasta ahora; y así confirmaron su religion, como voy inmediatamente á declararos.

¿Qué se dice de la muerte de aquellos grandes hombres que murieron con valor en las batallas, y vertieron su sangre por la salud de la patria? ¿Se les mira como unos hombres que acabaron la vida llenos de oprobio y confusion? Nada ménos. Para ellos se fabrican magníficos sepulcros que inmortalicen su nombre, y trasladen á la posteridad las acciones de su valor. Por ellos se escriben dilatadas historias que anuncien á los siglos venideros lo que ellos fueron, y lo que no son. Y bien, amados míos, ¿por qué sacrificaron aquellos hombres tan generosamente su vida? El uno, direis, por la libertad de la patria: el otro por la conquista de un imperio: estos por unir á su trono hereditario otros adquiridos con la fuerza de las armas: aquellos por imponer leyes á naciones bárbaras y delinquentes, y muchos por la vanidad, el interes ó la ambicion. Sin embargo asegurais que el mundo aplaude sus hazañas, y que hace justicia á su valor. ¿Con cuánta mas razon y mas justicia deberemos nosotros honrar la muerte de aquellos hombres que vertieron su sangre, no por la conquista de una plaza, no por la derrota de un ejército, ni por la presa de unas naves, sino por el nombre de Dios y por la defensa de nuestra santa religion? ¿De aquellos hombres que rubricaron con su sangre las verdades del cristianismo? ¡Qué gloria! ¡Qué grandeza! ¡Qué cosa mas digna de nuestra veneracion que ver al gran Marcelo, padre de nuestros santos, rendir el último suspiro entre los suplicios, y dar á sus buenos hijos este heróico ejemplo de constancia en defensa de la ley de Jesucristo! ¡Qué cosa mas admirable que mirar á nuestros gloriosos Emeterio y Celedonio

seguir las huellas de su buen padre, y allanar el escabroso camino del martirio á otros dos hermanos suyos Servando y Germano! Preciosa y mil veces mas preciosa la muerte de estos héroes del cristianismo, que la de aquellos soberbios conquistadores á quienes el mundo sacrifica sus inciensos. Mil veces y millones de veces mas preciosos el anillo y el pañuelo que arrojaron por los aires nuestros santos al morir en testimonio de la fe de su religion, de su esperanza de la inmortalidad, y de su amor para con Dios, y que rodeados de una luz sobrenatural fueron arrebatados hácia el cielo con un blando y suave movimiento, que todos los arcos triunfales y las pirámides soberbias de los reyes y emperadores.

¿Qué os parece del martirio de nuestros santos? ¿Puede darse cosa mas excelente que formarse por su medio su mérito para con Dios, su semejanza con Jesucristo, y defender con su sangre la verdad de la religion? Pienso que no. Pero al mismo tiempo pensad vosotros si deberemos honrarnos con el nombre de cristianos, teniendo una fe tan muerta, una esperanza tan débil y una caridad tan yacilante. Nuestros santos Emeterio y Celedonio tenian una fe tan viva que podian con ella trastornar los montes, detener los rios, apagar los incendios y mandar á todos los elementos; y efectivamente con ella hicieron muchos milagros, aterraron al tirano, le dieron en rostro con la ridicula multitud de sus ídolos, con la extravagancia de sus supersticiones y la locura de su idolatría. Con ella en fin predicaron á Jesucristo crucificado á presencia de los verdugos mas crueles y los tormentos mas terribles; y nosotros con una fe tan muerta que en vez de sufrir las cruces, tolerar con paciencia las contradicciones y padecer con gusto las penalidades, murmuramos, nos inquietamos, y huimos con todo nuestro poder de las cruces, de las contradicciones y de las adversidades. ¡Qué confusion! Los santos tenian una esperanza tan firme del premio eterno que les estaba prometido, que entre las cárceles, las cadenas, los grillos, los azotes y los oprobios mantenian un corazon imperturbable. La posesion de Dios que esperaban por su semejanza en el padecer con Jesucristo, los llenaba de gozo en los tormentos y los hacia inalterables; y nosotros queremos la misma gloria sin padecer, y esta es una presuntuosa temeridad; ó nos despedimos para siempre de poseer el cielo, y esto es una espantosa desesperacion. Últimamente, los santos tenian una ca-

ridad heroica con la cual abrasados sus corazones dieron la vida por aquel Señor que primero dió la suya por ellos y por nosotros. Así lo hicieron los santos, pero no lo hacemos así nosotros. ¿Será acaso porque no creemos la gloria del martirio, aunque confesemos su excelencia? Pero esto es cabalmente lo que ofrecí demostraros en la

SEGUNDA PARTE.

Cuando vengo á hablaros de la gloria del martirio, no pretendo que entendais por esta palabra *gloria* solamente aquella que Dios tiene reservada para los que le temen y aman. Es verdad que inmediatamente que el alma del santo mártir sale de su cuerpo, arrastrado, denegrido, destrozado, abrasado, y que causa horror á la vista, pasa á los eternos palacios de la gloria donde entra en el goce de su Señor, por haber sido en el mundo participante de su cruz. ¿Pero yo qué podria deciros de aquella gloria que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en el corazon del hombre pueden haber justas ideas de su grandeza? ¿Qué podria yo deciros de aquellos bienes que en su multitud son infinitos, en su excelencia divinos, y en su duracion perpetuos? ¿De aquellos bienes no sujetos á la volubilidad é inconstancia, sino firmes, estables, permanentes y eternos? ¿Qué podria yo deciros de las murallas de diamantes de la santa ciudad, de sus puertas de esmeraldas, de sus calles y plazas de oro bruñido mas resplandeciente y terso que el cristal? ¿De sus palacios magníficos, de sus jardines amenos, de sus rios y fuentes de leche y miel? Nada á la verdad podria deciros del número casi infinito de sus moradores, todos tan sabios, tan hermosos, tan robustos, tan amados y tan amantes. Nada del cándido coro de las vírgenes, del brillante escuadron de confesores, de la numerosa comitiva de mártires, de la respetable asamblea de apóstoles, patriarcas y profetas, y de la reina de todos ellos la inmaculada virgen María. Nada de su agilidad y claridad, sutilidad é impasibilidad, ni de su vision, comprension y fruicion á la presencia del Ser supremo. Nada, y si es posible ménos que nada podria yo decir de aquel Dios eterno, infinito, inmenso, santísimo, riquísimo, poderosísimo. No, señores. Son muy ciegos los ojos para mirar tanta luz, muy tardos los oídos para escuchar tanta gloria, y muy pequeño el corazon humano para

abarcar en esta vida tan grande objeto. Confesemos ingenuamente la imposibilidad que encuentra el entendimiento humano en comprender esta gloria que Dios concede á los mártires, y contentémonos con decir alguna cosa de la que da á sus sepulcros, á sus cenizas y á los instrumentos mismos de su martirio. Tal vez esto que pasa delante de nuestros ojos podrá movernos mas á buscar eficazmente lo que solamente miramos entre las majestuosas sombras de la fe.

¿Y á la verdad, cristianos míos, á quién no moverá ver los sepulcros de los mártires mas suntuosos y magníficos que los palacios de los emperadores? Y no hablo solamente de la grandeza y hermosura de sus fábricas, sino de lo que es mas considerable, del respeto y veneracion de cuantos vienen en tropas á visitarlos. ¿Qué es ver, decia san Crisóstomo, á los reyes mismos acercarse á los sepulcros de los mártires, doblar sus rodillas, inclinar su cabeza, y despojándose de todo su fausto dirigir á los santos sus oraciones para que les sirvan de protectores para con Dios? ¿Qué cosa mas admirable que el que ayer era un mísero pecador, sea ya hoy un mártir ilustre, cuyo sepulcro velen los monarcas en compañía del pueblo, como velan las guardias en el palacio de los reyes? ¿Puede darse mayor gloria que ver los ricos y los pobres, los nobles y los plebeyos, los sabios y los ignorantes, hombres, mujeres y niños acudir á competencia á los santos sepulcros, ofrecer dones, colgar en sus paredes monumentos ó testimonios de su agradecimiento por los beneficios recibidos, mirándose en muchos templos mortajas, grillos, cadenas, muletas, retratos, cirios y otras mil señales de los favores recibidos del cielo por la intercesion de aquellos santos? Suponed que ellos hubieran querido hacer gloriosa su memoria por las armas ó las letras, y que favoreciéndoles la suerte hubieran arribado al mayor colmo de la felicidad mundana: que hubieran mandado los reinos, dado todos los empleos y gobernado los monarcas á su arbitrio; ¿por ventura hubieran logrado con esto hacer glorioso su sepulcro? ¿Se diria de ellos: *Et erit sepulcrum ejus gloriosum*? Ah! muchos siglos há que habria desaparecido su memoria. Los hombres no se acordarian de ellos, como si jamas hubieran existido sobre la tierra. Las campanas anunciarian su muerte; pero su memoria, como dice el Espíritu santo, pereceria con su sonido: *Periit memoria eorum cum sonitu*. El perpetuar la glo-

ria de los sepulcros estaba reservado para los mártires. De ellos se dirá siempre : *Et erit sepulcrum ejus gloriosum*. Pasen los años, multiplíquense los siglos, los fieles en todos tiempos tributarán veneraciones y respetos á las sepulturas de los mártires : *Et erit sepulcrum ejus gloriosum*.

¿ Y qué diremos de la gloria que da el Señor á las cenizas de los mártires ? ¡ O gran Dios, y qué liberal y magnífico te muestras en premiar á tus siervos ! ¡ Qué lengua de hombres ó angeles podrá explicarlo ! Á la verdad, oyentes míos, que al mirar en los primeros siglos de la Iglesia que los padres acusan á sus hijos : los hijos conducen á los tribunales á sus padres : las esposas encarcelan á sus esposos : los esposos entregan sus esposas á los tormentos : los siervos delatan á sus señores : los señores acusan á sus siervos : el hermano persigue á su hermana : la hermana mira con tranquilidad entre las llamas á su hermano : los jueces mismos confiesan la inocencia de sus reos, y sin embargo los condenan á muerte sin tener respeto á la cualidad de sus personas, á su nobleza, y á su mérito : al ver que se violan las leyes de la naturaleza, que se trastornan las de la amistad, se desconocen las de la religion, y que no se habla sino de hogueras, planchas, cuchillas, ruedas, potros y catastas : al considerar, repito, todo esto se diria que aquellas inocentes víctimas que entregaban sus cuerpos á todos los furrores de los tiranos y á toda la crueldad de los verdugos, eran las personas mas infelices entre todos los vivientes ; pero aquel gran Dios por cuyo amor padecian, no solo conducia sus almas á la gloria en el momento que se separaban de sus cuerpos, sino que coronaba de gloria aquellas cenizas, aquellos mismos cuerpos quemados, despedazados, arrastrados, denegridos y desfigurados : *Gloria et honore coronasti eum*.

No bien acababan ia vida, cuando los cristianos recogian sus reliquias, las daban honorífica sepultura, edificaban sobre ellas los altares, y celebraban en ellos aquel augusto sacrificio en que se ofrece al eterno Padre una hostia pura, una hostia santa, una hostia inmaculada por la redencion de todo el linaje humano. Apareced aquí, herejes insensatos, murmuradores querellosos, como os llama el santo apóstol Tadeo. Vosotros que nos estais siempre despreciando como una tropa de hombres fanáticos que degradamos la majestad del supremo Ser por la reverencia que damos á los santos y sus reliquias, y que

murmurais incesantemente de nuestra conducta en esta parte : abrid los ojos, y veréis que os habeis apartado de la unidad de la fe y del centro de la religion ; pues este mismo culto, esta misma reverencia que damos á las reliquias de los mártires, es testimonio de la gloria de sus almas, es la misma que se daba en los primeros siglos de la Iglesia, cuya disciplina afirmáis que recibis : abrid los ojos, y veréis que habeis caído como estrellas errantes del cielo de la Iglesia católica, que siempre y en todos los siglos condujo en pompa las reliquias de los mártires, les edificó altares, les dió culto público, se encomendó á sus oraciones, veló en sus sepulcros, y reconoció el honor que se debia á aquellos cuerpos que fueron templos vivos de unas almas amigas de Dios, amadas hijas suyas, imitadoras de su pasion y de su cruz, y que reinan con Cristo en el cielo. Y vosotros, amados míos, *permanete in his que didicistis* : permaneced firmes y constantes en la fe que habeis recibido de vuestros mayores, en orden á dar culto á los santos y sus reliquias. Reconoced la gloria de incorruptibilidad que Dios concede á muchos, como á los Narcisos de Gerona, los Diegos de Alcalá, las Teresas de Jesus y otros innumerables : reconoced la gloria del culto en la sangre de Pantaleon en Madrid, de Genaro en Nápoles, de Leocadia en Toledo, de Ildefonso en Zamora, y otros infinitos en todos los reinos y provincias : reconoced la gloria de la antigüedad de Jeroteo en Segovia, de Torcuato en Guadix, de Cecilio en Granada, de Fulgencio en Cartagena, de Leandro en Sevilla, y otros sin número de que nuestra España se mira gloriosamente enriquecida : reconoced una y otra gloria, la incorruptibilidad, el culto y la antigüedad en las santas cabezas de nuestros mártires Emeterio y Celedonio (1) ; no olvidando que este culto para con nuestros santos le habeis recibido por una tradicion nunca interrumpida de mas de quince siglos. Esta venerable antigüedad equivale sin duda á las escrituras mas auténticas, á los monumentos ménos sospechosos que pudieran exhibirse. Reconozcamos pues esta gloria que da Dios nuestro señor, no solo á los sepulcros de los mártires, sino tambien á sus reliquias ; y pasemos á decir os brevemente la que da aun á los mismos instrumentos de su martirio.

Es indubitable que la cruz de Jesucristo era escándalo para

(1) *Sciens à quo didiceris. Epist. 2. D. Paul. ad Tim. c. 3. v. 14.*

los judíos y una locura para los gentiles. Antes que Jesucristo la ennobleciese con el contacto de su sacratísimo cuerpo, era un instrumento de maldición y de infamia para los que morían en ella. La misma ley pronunciaba anatema contra los crucificados: *Maledictus homo qui pendet in ligno*. Pero después que el Señor la hizo cátedra para enseñarnos desde ella las verdades eternas: después que la hizo trono para juzgar al mundo, y acabando en ella la vida venció desde ella á la muerte, nada hay mas venerable, nada mas digno, nada mas glorioso que la santa cruz. Ella, decía elegantemente san Crisóstomo, se mira con gloria en los palacios, en las plazas, en los desiertos, en los caminos, en los montes, en los collados, en las naves, en las islas, en las camas, en los vestidos, en las armas, en los metales, en las piedras y en las pinturas (1). De la misma suerte los instrumentos del martirio ántes que los dignificasen los santos con el riego de su sangre, no eran mas que unos instrumentos de la venganza y furor: eran unos puñales, unas espadas, unas ruedas, unas parrillas, y nada mas. Pero después que con el contacto de los benditos cuerpos de los mártires, que ofrecieron en ellos su vida por la confesión de la fe y por la imitación del Salvador, quedaron dignificados y como embalsamados con aquella sangre, ¿quién duda que son mas apreciables que los rubíes, esmeraldas y topacios? ¿Quién duda que tienen en sí un no sé qué de gloria que atrae el respeto y veneración de cuantos no han perdido la fe y verdadera piedad? La espada con que degollaron á san Pablo, y se conserva en el monasterio de la Sisle, á media legua de Toledo, no puede mirarse sin que uno se sienta apoderado de un santo pavor y respeto.

Las barras de las parrillas de san Lorenzo, que se veneran en el Escorial con una parte de la carne abrasada del santo mártir pegada á ellas, ¿quién las mirará sin derramar lágrimas de devoción y afecto? No lo dudeis, señores: todo el mundo cristiano está convencido de esta verdad, y por eso unos adornan con plata, otros con oro, otros con diamantes, y aquellos con esmeraldas los instrumentos del martirio, por la gloria que

(1) *Ubique fulget, conluye el Santo, in parietibus domorum, in tectis, in libris, in urbibus, in locis incultis, in cultis locis. Hom. de adoratione S. Crucis.*

los santos consiguieron padeciendo en ellos. ¡ Dichoso y bienaventurado martirio! ¡ Obra verdaderamente heroica con que se forma el propio mérito practicando las virtudes: se alcanza la semejanza con Jesucristo, como miembros con su cabeza, como hijos con su padre, como discípulos con su maestro, y como hechuras con su hacedor, y se confirma la religion defendiendo sus verdades con la sangre y con la vida! ¡ Excelente y glorioso martirio, que has hecho magníficos los sepulcros de los mártires, venerables sus reliquias y respetables sus cadenas; mirándose en las cadenas, en las reliquias y en los sepulcros una grandeza que asombra, y una gloria que todos reconocen, que todos confiesan y todos reverencian! *Hi sunt duæ olivæ, et duo candelabra.*

Dichosos y bienaventurados Emeterio y Celedonio, olivas fructíferas del jardín de la Iglesia, brillantes candeleros de la casa del Señor, gozad enhorabuena de vuestra inmortalidad: gozad de aquella gloria que poseéis en vuestras almas, mientras que la gloria que ahora reconocemos en vuestras cabezas y en vuestros sepulcros se perfecciona con la general resurrección, en que vivificados otra vez esos vuestros benditos cuerpos, subais enteramente dichosos á la celestial Jerusalem. Pero mirad con benignos ojos á este pueblo que se gloria de teneros por sus patronos. Continúad en protegerle contra los ímpetus de los vientos, contra las alteraciones de los mares, contra las esterilidades de la tierra, y las actividades del fuego. Sientan vuestro patrocinio los sanos y los enfermos, los ricos y los pobres, los que permanecen á la sombra de vuestras santas cabezas, y los que navegan por esos mares para conseguir el sustento. Mirad con benignos ojos á esta santa iglesia tan interesada en procurar vuestros cultos y vuestra mayor gloria: no desapareis á ningún individuo de ella, especialmente en la hora de la muerte; alcanzando del Omnipotente para todos los moradores de este pueblo el perdón de sus pecados y la perseverancia en gracia, para que con ella consigan la eterna gloria.